

PEQUEÑOS OBJETOS, GRANDES FORMATOS

Si bien los historiadores del arte, a la hora de analizar una obra, tratamos de distanciarnos del artista para ser lo más objetivos posibles en el análisis, en el caso de la obra de Chelo es casi imposible realizar esa separación. Su obra es luz y color, el mismo que desprende la sonrisa con la que siempre te recibe en su estudio. Su obra es vitalidad, la misma con la que ella afronta cada uno de sus trabajos.

Atrás quedan las primeras obras de Chelo que tuve el placer de ver hace años. Y creo que puedo decir sin miedo a equivocarme que poco queda ya de aquellos abiertos paisajes de aire casi Naif y colores imposibles. La pintura de Chelo en su carrera ha pasado por diferentes etapas que podríamos diferenciar por los motivos escogidos para su representación. El paisaje, la representación de indígenas, las fuentes, el agua... A lo largo de estos años Chelo ha tratado de acercarnos diferentes temas pero siempre con la naturaleza de fondo. Pero poco a poco esa naturaleza vivaz se ha ido velando en su obra para dar paso al objeto. Pensando en las obras que ustedes están contemplando ahora me di cuenta de que estábamos ante una gran dicotomía: La exposición que ustedes están viendo presenta principalmente pequeños objetos pero traídos a un tamaño completamente alejados de su naturaleza. Esto me ha llevado a recordar sus etapas anteriores y con un pequeño análisis no sería difícil apreciar que el ojo de la artista ha ido cerrando el plano y ampliando el objeto. Así en sus últimas series, lejos ya de aquellas perspectivas sobrenaturales, Chelo no sólo nos acerca el objeto si no que nos lo agranda mostrándolo casi desde una visión microscópica. Acercándonoslo e incluso cortándolo para presentarlo dentro de un encuadre fotográfico del que tanto gustaban los pintores del pop-art allá por los años 50. De este modo Chelo ensalza el objeto cotidiano y lo lleva a la pintura convirtiéndolo en objeto de deseo de nuestras miradas, nos acercas a objetos que nos son familiares, cotidianos pero que además se nos muestran con cercanía. Algo bastante difícil de conseguir cuando hablamos de estos formatos y dimensiones que ustedes están viendo. Quizás la maestría de Chelo a este respecto sea su capacidad para agrandar los objetos sin hacer que estos pierdan su calidez y cercanía.

Y es por esta cercanía por la que estoy seguro de que más de uno de ustedes ya ha estado tentado a acercarse a alguno de los cuadros para comprobar si la textura representada era real o un engaño para sus ojos. Chelo en estos años de evolución y estudio ha sido capaz de perfeccionar su técnica del uso del color consiguiendo aportar a cada cuadro la dosis justa de brillo, elemento clave que diferencia una pintura muerta de un cuadro con vida. Se habrán preguntado de qué material están hechas estas bolas de billar, y seguramente también de qué tela se trata aquella que tapiza el cojín, seguro que esta bola de bolos les habrá deslumbrado y también habrán querido saber si esos libros del fondo están encuadernados en rústica o cartoné. Y ahí está la grandeza de la pintura de Chelo porque no se engañen, esos objetos que ustedes y yo creemos estar viendo no son más que pintura, pero pintura que cobra vida a través de las manos de esta artista.

Como les decía al principio cuando uno analiza la obra de un artista, igual que cuando presenta a dos amigos que no se conocen entre sí, pone toda la ilusión en que esas personas no sólo se conozcan sino que se lleven bien. Espero haber hecho bien las presentaciones y que esto sea el inicio de una relación entre ustedes y estos objetos que Chelo Rodríguez nos descubre.

Ismael Arias
Historiador del Arte